

EL CAPAOR

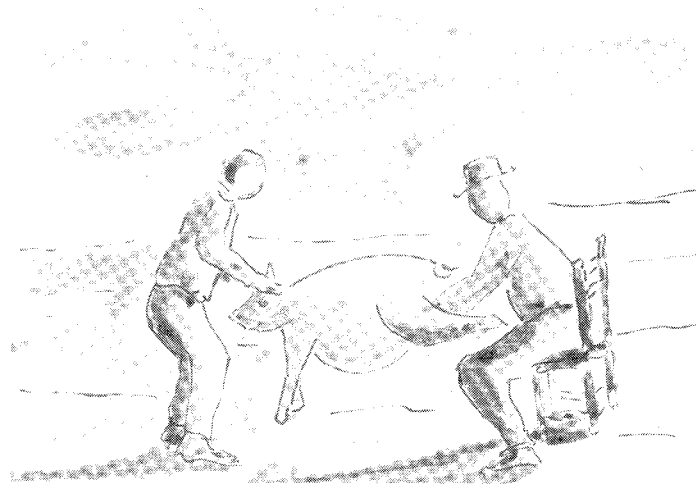


Es de Albox, se llama Fulgencio y lleva mucho tiempo trabajando para esta zona, que recorre casi todos los meses.

Todos estos datos los he sabido antes que el personaje llegara a la casa, porque el tío Juan, que lo conoce desde hace años, lo ha identificado a más de un kilómetro de distancia, y mientras avanzaba camino arriba hacia el cortijo, me ha dado pelos y señales de su nombre, su procedencia, la periodicidad de sus visitas y la especialidad del trabajo que realiza.

Fulgencio viene montado en una hermosa yegua negra, de largas crines y cola, y cuya piel lustrosa brilla a lo lejos como una estatua de bronce pulido. El animal camina con aire majestuoso, braceando, y con la cabeza alta y desafiante. Se aprecia al primer golpe de vista que es un caballo de clase, bien cuidado y poco obligado por el trabajo.

Al llegar a la altura de la casa, Fulgencio ha detenido su yegua y ha lanzado un toque de pito. Es el pito característico de los hombres de este oficio, los "capaores" que recorren el campo; los profesionales, se entiende, que además del pito, se



distinguen también por ir todos a caballo, y además sobre caballos de buena estampa.

El pito de los "capaores" es un pequeño instrumento compuesto de cinco tubitos de latón paralelos, en escala de longitud de mayor a menor, montados al estilo que las flautas de caña típicas de los indios andinos. Al soplar sobre la fila de tubitos, con un movimiento de ida y vuelta sobre el borde de los labios, el instrumento produce una escala de sonidos muy peculiar e inconfundible al oído.

Como en el cortijo se esperaba la llegada del "capaor", el tío Juan le ha hecho una seña para que se acerque, y Fulgencio y su hermosa yegua negra han dejado el camino público y se han plantado en la placeta.

Cosa rara, los perros, que ya habían dado aviso de su llegada cuando aún estaba lejos, han dejado automáticamente de ladrar al verlo en la puerta de la casa, y no solo han dejado de ladrar, sino que se han alejado a cierta distancia de la yegua y del jinete como si le guardaran el aire. Es evidente que ellos también conocen el inconfundible pito, y saben por la

experiencia de otras veces lo que ocurre cuando se presenta esta visita. Por eso prefieren estar lejos del capaor.

Fulgencio, que como ya indiqué antes, es viejo conocido del tío Juan y de su gente, ha saludado a todos con esa natural cordialidad propia de los que viven sobre los caminos, ha colocado su hermosa yegua a la sombra del pino, y ha tomado razón del trabajo que hay que hacer en la casa.

Como todos los que ejercen su oficio correteando los caminos del campo: marchantes de ganado, azafraneros, corredores de grano, capaores, etc. Fulgencio viste la típica blusa de algodón negra, de corte ceñido hasta la mitad del pecho, y abierta en amplios vuelos por los bajos hasta la mitad del muslo. Es una prenda de viaje características de todos los caminantes, y que viene a ser como una especie de guardapolvo para preservar la ropa que llevan debajo, generalmente traje de pana. Es el que también lleva Fulgencio, que calza botas enterizas de buen corte y completa su atuendo con un sombrero de fieltro, también negro. En conjunto, su porte tiene un aire rústico, pero distinguido; sobre todo, si se compara con la estampa habitual que ofrecen los hombres del campo, que visten de cualquier manera.

La faena que Fulgencio ha de hacer en el cortijo, es capar tres chinos (cerdos) machos, que ya son primales y son los que se van a dejar para la matanza en la Pascua. Capar también a una china (cerda) nueva que se tenía para criar, pero que en el primer parto parió siete cochinitos y tuvo la buena señora el antojo de comerse tres. Y menos mal que llegaron a tiempo, porque sino se merienda a los siete. Por fortuna, el caso no es demasiado frecuente, pero a veces salen chinas con esa horrible tendencia de merendarse las crías recién paridas. Naturalmente, cuando surge alguna de esta calaña, el remedio es caparla y cortar por lo sano, ya que si vuelve a parir

hará lo mismo con las otras crías. Pero lo peor no es que se coma las crías, sino que un animal de esta especie, si se arregosta a la carne, es un peligro para todos los animales que estén a su alcance, y puede ser un peligro mayor para las personas, y sobre todo, para los niños. Resumiendo: que las cerdas que muestran esta tendencia, lo mejor es caparlas, engordarlas y quitarlas de enmedio, que es justamente lo que va a pasar a ésta del tío Juan.

Lo de capar a los tres cerdos machos y a la cerda canibal, es pecata minuta que se despacha en menos que canta un gallo, pero Fulgencio ha de enfrentarse con otro trabajo más delicado y de mayor responsabilidad profesional para un capaor. Se trata nada menos, que de capar a un muleto, un macho romo, hijo de la burra negra, que ya ha cumplido año y medio y se hace precioso aligerarlo de algo que le sobra para convertirse en una bestia de provecho.

Los muletos (mulos jóvenes) aunque son estériles por naturaleza, como producto híbrido del cruce de caballo y burra, no están en cambio incapacitados para sentir atracción por las hembras, tanto de su propia especie (mulas), como burras y yeguas, de tal forma, que si se dejan enteros, o lo que es igual, sin castrar, están a cada paso intentando montar a toda bestia hembra que se les ponga a tiro, lo cual es muy perjudicial para ellos por el desgaste físico que lleva tal afición. Es por eso que hay que caparlos cuando son jóvenes, a fin de tener paz en la cuadra. Además, la capazón les quita bravura y los hace más dóciles.

Fulgencio ha ordenado sacar el muleto de la cuadra para echarle un vistazo y comprobar si está en condiciones de ser capado. Al parecer si lo está el pobrecillo, pues tiene los testículos bien descolgados, y como medida previa a la delicada operación que va a sufrir, ha dispuesto que le administren medio pan empapado en vino tinto, cosa que inmediatamente

se ha hecho, con evidente satisfacción del muleto, que se ha zampado en un abrir y cerrar de ojos la fuente de sopas de vino. Un litro nada menos.

Para dar tiempo a que el vino haga su efecto, Fulgencio ha decidido meterle mano a los cerdos, comenzando por los tres primales machos que se van a dejar para engorde.

Normalmente, los chinos se escapan de la marranera en cuanto ven la puerta abierta, pero esta mañana ha costado Dios y ayuda sacarlos. Se resistían como condenados a salir de su casa, como si recelaran lo que les esperaba fuera. De todos modos los han sacado a tirones de la sogá que han amarrado la pata delantera de cada uno.

Dispuesto para entrar en faena, Fulgencio ha mandado traer un candil lleno de aceite, y ha sacado del bolsillo de su chaqueta una aguja curvada fina y un ovillo de hilo blanco que tiene aspecto de ser de seda por lo que brilla. Ha enebrado la aguja con un trozo de hilo y la ha dejado dispuesta clavándola en el borde de su blusa. Luego ha extraído del bolsillo del chaleco la navaja de capar. Es un instrumento de traza muy particular, con una hoja casi redonda, del tamaño de un duro de plata, pero con una puntita muy aguda en el extremo y una empuñadura arqueada que recoge la hoja cuando se cierra. Se nota que es de buen acero y que está afilada como una barbera. A fin de cuentas es un bisturí.

La capazón de los chinos machos es una operación sencilla, pero requiere el concurso de dos personas; el propio capaor y un ayudante para sujetar al bicho. El capaor levanta el chino de las patas traseras, mientras que el ayudante, situado a su espalda, lo sujeta firmemente por las orejas. Una vez atenazado de esta forma, sin posibilidades de escapar y de moverse, el capaor mete los dedos por debajo de la bolsa de los testículos, y los presiona hacia afuera para que queden a flor de piel, y casi a punto de

querer reventarla. Hecho esto, con la pequeña navajita de capar da un profundo corte al través y los dos testículos quedan cortados por la mitad. Así de sencillo y en vivo. Realizado este corte o división, mete los dedos en la bolsa y casa las cuatro mitades de los testículos, cortando con la navajita los nervios y conductos de sujeción. Acto seguido, con la aguja que ya tenía preparada, ha dado un par de puntadas uniendo los bordes de la herida, y sobre ellos ha echado un chorreón de aceite del candil. ¡Y listo! El primer chino ha quedado capado.

Ni que decir tiene, que esta operación, que no ha durado ni cinco minutos, ha estado acompañada de un fenomenal concierto de gruñidos desesperados a cargo de la víctima. La cosa no era miara menos.

Con el mismo ceremonial e igual concierto de gruñidos, ha despachado Fulgencio a los otros dos chinos machos. Después de sufrir la terrible mutilación, los pobrecillos se han quedado encogidos y como atontados.

La capazón de la cerda aficionada a comer crías ha sido algo más complicada. Primero por el tamaño del animal, completamente adulto, y luego porque la operación es completamente distinta. La capazón de las cerdas es una delicada operación de cirugía interna.

Para sujetar al animal ha empleado un sistema eficacísimo de traba. Tan eficaz que una sola persona puede inmovilizar perfectamente a un cerdo de quince arrobas. El truco consiste en atarle al animal, en una de las patas delanteras, una cuerda provista de una anilla hecha con la misma cuerda a ras del nudo de sujeción a la pata, y en la otra pata, sino trae la cuerda de estar atada en la marranera, se le pone una cuerda larga. Esta cuerda larga se le echa encima del lomo al animal, y su extremo se pasa por la anilla dispuesta en la otra pata. Hecho esto, se abre de piernas el operador encima del cerdo y cobra

el extremo de la cuerda pasada por la anilla. Al instante el animal, se encuentra con las dos patas firmemente pegadas a los costados y cae de bruces sin poderse mover por falta de apoyo. Las patas traseras no le sirven de nada al tener el pecho pegado a la tierra. Ya en esta posición, ha sido muy fácil tumbar a la cerda sobre el costado derecho y trabarle las patas traseras para operar sin el menor contratiempo.

De nuevo ha entrado en acción la navajita redonda, pero esta vez practicando un corte de unos cuatro dedos de largo sobre la depresión del bajo vientre, traspasando a un tiempo la piel, la capa de tocino y el tejido interior. Por esta abertura, que apenas sangraba, ha metido Fulgencio sus diestros dedos y ha extraído y cortado con la navajita de marras, una especie de bolsita de carne sonrosada, que me figuro que será la matriz. Después de la extracción ha cerrado la herida con unos cuantos puntos, y le ha puesto el correspondiente chorreón de aceite del candil.

Por si no lo sabe el lector, el aceite de oliva se emplea en el campo como desinfectante y cauterizador para toda clase de heridas, tanto en personas como en animales, y mezclado con pimienta molida ya es cosa santa. Sirve también para cortar la sangre.

Y ya solo quedaba el plato fuerte de la sesión de capado, que era capar al muleto, operación que no quise perderme por la novedad del asunto, pero que juro que jamás volveré a presenciar en mi vida, porque me hizo pasar un rato francamente desagradable. No obstante, y para que el lector aprenda cómo se realiza esta horrible operación, o al menos, como la vi realizar a Fulgencio, voy a permitirme el sádico capricho de describirla paso a paso.

Lo primero que hicieron, y para lo cual se reunieron cuatro hombres, fue situar al muleto en un lugar adecuado, que podríamos llamar la cama de

operaciones, y que fue al borde del hoyo del estiércol sobre una capa de paja seca. Una vez allí lo trabaron con sogas de manos y patas y lo tumbaron sobre la paja, sujetándole además la cabeza con un saco. El pobre animal quedó totalmente imposibilitado de moverse.

Dispuesto de esta forma el paciente, Fulgencio se despojó de blusa y chaqueta para tener más libertad de movimientos, se arrodilló junto al vientre y comenzó a manipular los testículos del infeliz muleto.

Esta forma de capar muletos se llama en la jerga técnica "a pulgar", y en ella no interviene ningún instrumento cortante, sino tan solo los dedos del capaor, y de modo esencial los dedos pulgares de ambas manos. De aquí precisamente su nombre.

Lo que hacen los dedos pulgares, auxiliándose con los restantes dedos de la mano, es simplemente girar los testículos del animal, dentro de su propia bolsa de piel de un modo lento, pero continuo, y siempre en el mismo sentido de giro. De tal forma, que a fuerza de darles vueltas y más vueltas, acaban por estrangular y destruir los nervios y conductos que unen los núcleos de los testículos al cuerpo. Destruídos estos lazos de unión, los testículos mueren y acaban por desaparecer sin necesidad de extraerlos, al cabo de más o menos tiempo. Y eso es todo.

Operación limpia y sin una gota de sangre, pero puede asegurarle al lector, que esta simple operación, es por sus características y por el tiempo que requiere su ejecución, de una crueldad espantosa. Los ronquidos, los bufidos, y los estertores de dolor que daba el muleto, durante la media hora que duró el tremendo suplicio, eran francamente estremecedores, hasta tal punto, que pienso, juzgando por lo que me pasaba a mí, que todos los que contemplábamos la cruel escenas, sentíamos en nuestro propio cuerpo

un reflejo del atroz dolor que soportaba el pobre muleto. El lector puede cerrar los ojos y reconstruir la escena para comprobar lo que digo.

Al terminar la faena, el animal estaba empapado de sudor hasta la punta de las orejas, como si acabase de salir de un baño. Fulgencio también sudaba a chorro.

Le quitaron las sogas que lo trataban, le ayudaron a ponerse en pie, y Fulgencio mandó que le dieran un paseo corto para aflojarle los nervios y activar la circulación de la sangre, pero abrigándolo antes con una manta para que no se le enfriara el sudor. El muleto se resistía a mover las patas al principio; luego comenzó a caminar con paso vacilante, y poco a poco fue recuperando su paso normal. Estos primeros movimientos los observaba Fulgencio atentamente, porque de ellos se podía obtener un juicio bastante exacto del resultado de la operación.

Según me explicó después el propio Fulgencio, hay muletos que se desgracian al caparlos, adquiriendo algún defecto físico o algún resabio que antes no tenían. El más común de estos defectos es aparentar una cojera, que en realidad no tienen, pero que por la forma de caminar, retrayendo la culata, dan la impresión de que se conducen de las patas traseras. Se han dado casos también de quedarse ciegos a consecuencia de la capazón, aunque a Fulgencio nunca le ha ocurrido tal desgracia, y eso que calcula que llevará capados más de doscientos. Lo que sí es más corriente, es que los animales capados adquieren ciertos resabios y se muestren espantadizos antes cosas que le recuerden la operación, y especialmente son reacios a entrar en el sitio que se les hizo, si es que fue un local cerrado, cuadra o corral. Por eso él, era partidario de caparlos al aire libre, ya que sabía por experiencia que si se hacía dentro de un corral o cuadra, el animal renegaría siempre al tomar la puerta.

Las bestias, a pesar de su irracionalidad, poseen una memoria prodigiosa, y recuerdan siempre los sitios en que sufrieron algún contratiempo o maltrato. Por supuesto, también recuerdan los sitios donde lo pasaron bien.

Como tratamiento de convalecencia, aconsejó que no se le diera de comer ni beber aquel día al muleto, y que si notaban que tenía calentura o temblores, le dieran un bebajo caliente y clarico de harina de cebada, pero hirviendo antes en el agua un buen puñado de pelos de pancha. Mientras tuviera calentura debían darle este remedio varias veces al día pequeñas cantidades. Si no manifestaba tener calentura y el animal hacía por comer, convenía que lo tuviesen un par de días a base de grama, arrancada con sus raíces y lavada, pero que no le pusieran paja; si acaso, un puñado de cebada con la grama. También recomendó que lo sacaran todos los días de la cuadra un par de veces, y le dieran paseos largos, pero sin correrlo.

Y hechas todas estas advertencias, y cobrado el importe de su trabajo, Fulgencio se despidió de la familia, quedando en volver allí en unos días para ver como iba la cura, montó en su hermosa yegua negra y se fue.

Para tranquilidad del lector, diré que el muleto no hizo apenas sentimiento de la operación, que no tuvo fiebre ni temblores, y que a la semana comía de todo.

A propósito de fiebre debo consignar un detalle curioso, y es que a las bestias, mulas, burras y caballos, se les toma la temperatura en las orejas. Y no hace falta termómetro para medirla: basta simplemente con palparles las orejas. Si las orejas están frías, la bestia tiene fiebre, y si están calientes no tiene fiebre. Al revés que las personas. Curioso ¿verdad?